

Funes el delirante

La Cartera

Silbato Mototaxi Arroz con Leche

Apenas subió al bus la bauticé como Adriana Paola, probablemente Rivas Gasca o Mendeleigoitia. Al menos así se llamaba en mi mente. Al posar su delicada mano sobre la baranda pude notar que se había levantado tarde, ya que tenía las uñas a medio pintar, pero no importaba. No necesitaba maquillaje alguno.

El **silbato** del policía hizo detener al bus en lugar del semáforo malogrado. Seguí recorriéndola y me detuve embelesado en su delicado cuello que llevaba un simple collar pero que en ella se veía fabuloso, casi onírico.

Debía ser gerente o algún cargo con iniciales como CEO porque tenía esa mirada decidida que a la vez revisaba si se pasaba de paradero o no. También era amable porque rechazó como un ángel a la señora ambulante que vendía **arroz con leche**.

Era la indicada para mí.

El claxon de un **mototaxi** me sacó de mi ensueño. Ella anunció su bajada sosteniendo firmemente su coqueta cartera.

¿Me habrá visto? ¿Se habrá fijado en mí?

Decidí bajar con ella.

Era mi momento.

Me bajé con ella. Hace dos meses estoy sin trabajo y esa cartera puede ayudarme a llegar hasta fin de mes, al menos.



Cry

Plumas

Silbato Mototaxi Arroz con Leche

Eugenia quería volar. Quería volar como los pájaros que se elevan sobre el asentamiento humano donde vive.

En el nido, dibuja con crayones usados alas en su cuerpo, esperando tal vez que algún día le salgan. Si pudiera volar, no tendría que tomar un **mototaxi** a diario para llegar al nido, y podría ahorrar para comprar el **arroz con leche** que vende la señora de la esquina.

Si pudiera volar, no tendría miedo de salir muy tarde; porque donde vive, apenas y se alcanza a ver a un policía, y mucho menos se llega a escuchar su **silbato**.

Eugenia quería volar, porque así podría irse lejos, muy lejos. Conocería el mar que alcanza a ver desde lo alto del cerro, y se bañaría en aguas limpias y no turbias. No más mugre bajo sus uñas.

A veces, observa a su madre trabajando en el mercado, arrancándoles las plumas a los pollos y dejándolas en el suelo. Eugenia siente envidia de esas aves, y al mismo tiempo empatía. Sabe que las gallinas no pueden volar.

Eugenia quería volar e irse muy lejos. Así no tendría que subir tantos escalones a diario ni escapar corriendo de los perros. No necesitaría zapatos ni tendría que utilizar esas viejas sandalias que su madre encontró en la basura.

Eugenia quería volar, pero sabe que no puede. Por eso cuando oscurece, entra al corral de las gallinas y recoge sus plumas, escondiéndolas bajo su cama. Tal vez en sus sueños pueda volar.

La Careloca

Colorete

Maracas Crucigrama Colorete

Caminaba por las calles acompañada por la noche misma. La ciudad temblaba antes mis pasos. Llevaba mi **colorete** en la cartera aunque mis labios ya estuvieran pintados. No tenía un rumbo fijo, pero sí un lugar al que llegar. Cuando era niña me hubiera gustado ser bailarina, tengo buenas piernas, eso es lo que me dicen – y me decían. Pero a veces la vida no surge como uno lo esperaba.

Una no espera que tu profesor de danza, el que te brindaba el ritmo todos los lunes en la mañana con sus **maracas** te tocara donde tu mami te decía que no debían tocarte. Uno no espera que su madre muera repentinamente por una enfermedad de mierda, sin siquiera poder decir adiós, sin poder tener a nadie más en el mundo. Me quede sola. Ahora camino por la calle, en la noche, rodeada de oscuridad y de luces callejeras. Me paro en la esquina del hotel de siempre y al frente veo al mismo hombre de siempre, llenando un **crucigrama** barato con la foto de una mujer calata. Le sonrió de la misma manera como le sonreía a mi profesor de danza hace tantos años ya.

La vida no ha sido justa conmigo, pero no me queda de otra más que aguantar. La vida de una prostituta es interesante en verdad, hace tanto ya que no recuerdo que es sentir, supongo que lo último de mí se fue con mi madre, o tal vez lo último de mí quede en aquel colorete que cargo siempre en la cartera, porque era el favorito de mi madre y el que más color le brindaba a su pálido rostro.



Almagesto

El viejo miró las monedas

Maracas Crucigrama Colorete

El viejo miró las monedas en su mano arrugada y frunció el ceño. Pensó, con las ideas que aún le quedaban de cuando vivía con su familia, en ahorrarlos para más adelante. Lo pensó mucho, pensó en el esfuerzo que había hecho toda su vida para mantener a su familia, lo valioso que había sido un mísero sol.

Se mataba tocando en un conjunto de mariachis, las **maracas** solamente, porque apenas si podía mantener el ritmo, mucho menos tocar un instrumento real. Pero lo hacía día tras día, noche tras noche, en matrimonios y cumpleaños y hasta velorios, moviendo las maracas, pensando en que cada golpe era comida en el plato de sus muchos hijos, o un regalo para su esposa. Ella siempre le pedía maquillaje, ropa, objetos caros que él no podía pagar. Una vez le pidió un **colorete** Mac, carísimo. Él lo compró. A la semana ella lo dejó. Una vez la vio por la calle con otro hombre, tiempo después. Aún usaba el colorete que él le compró, pudo reconocer el color.

Cuando podía darse un lujo, compraba el periódico. Leía lento y entendía pocas palabras, pero era su regalo de 50 céntimos al día. Llenaba el **crucigrama** y lo mandaba a los concursos todos los días, esperando alguna vez ganarse el gran premio de un millón de soles con sus palabras perfectamente posicionadas. Nunca lo hizo.

En su vejez, en la calle, con la moneda en la mano, parte de sus míseros ahorros ahora que está muy viejo para incluso tocar las maracas y que sus nietos no lo visitan ni menos le pasan plata, para frente a un panadero de carretilla y le compra una rosquita, sólo una, no le alcanza para más.

Al fin puede darse un gusto para él mismo. Se prepara para darle una mordida a su premio y pasa rápido, rapidísimo, un chico en skate. Se le cae la rosca a un charco. La mira con pena.